

LA SEMANA



Ya se acerca la Pascua, y con ella la plaga de pedigueros que, con el sable levantado, nos agobia y acorrala, en busca de las pocas monedas que quedan en nuestros exhaustos bolsillos.

Los carteros, los repartidores de periódicos, los serenos, los ciegos de nacimiento y artificiales, organizados en comparsas dedicadas á destrozár los oídos al pobre vecino ó transeunte, todos en fin, al llegar los calamitosos días del sablazo universal, no se paran en barras y allá van al ataque.

Unos hacen la petición descaradamente; como si dijéramos, *en seco*.

Otros la disfrazan en forma de felicitación, que maldita la falta que nos hace, y nos convierten en *generosos, amables, ricos, bondadosos*, y demás epitetos, y hasta indican la necesidad que sienten de comer el legendario pavo.

Y nos *despluman* por vía de ensayo.

¿Han visto ustedes la edición puesta á la venta de LA COSECHA DE OGAÑO?

Pues no saben ustedes lo que es bueno.

La revista de Gil de Aincildegui y Burgos Tamarit, que tanto éxito alcanzó en la Feria; cuando se estrenó por la Sociedad LA MONTAÑA, bien merece la pena de leerse.

Y de comprarla, aquí donde por desgracia, tan pocos libros se dan á la estampa.

Y verán ustedes sal, pimienta y *sangre torera!*

Ya se anuncia por todas partes, la apertura de la campaña teatral de invierno, con el debut de una compañía cómica-lírica, en la que figura la primera tiple María Montes, no conocida en esta población:

—¡Gracias á Dios! dirán algunos.

—¡Gracias á Blascol digo yo, por que miren ustedes que nos estaba haciendo falta un sitio en donde pasar agradablemente las largas veladas del invierno!

Lo que es preciso, es que el público responda y no se retraiga.

Porque como este señor es tan caprichoso, á lo mejor se declara en huelga... y á morir los caballeros.

Vasco de Gama.

UNA CARTA

Poesía leída en la velada celebrada por la Sociedad Artística Almeriense, el 8 del actual. (Premiada en un certamen celebrado en Pontecorradra.)

Carta á mi cara mitad.
Baños de... su nombre omito;
tampoco la fecha cito,
por que no hay necesidad.

Por fin me tienes aquí renegando de mi suerte, convertido en momia inerte en este zaquizamí.

Si aquí dilato mi estancia, me va á dejar el fondista hecho un arenque, una arista sin jugos y sin sustancia.

Son, conmigo comparados, dos globos Terry y Agea; soy príncipe de la oblea, emperador de delgados.

Tristes horas infelices paso en esta soledad, donde no hay más sociedad que payos y fregatrices.

Y amanezco echando chispás, y me acuesto renegando de este estrepitoso bando de moscardones y avispas.

Respecto á la instalación, es ya cosa diferente; tengo un patrón complaciente hasta la exageración,

viejo, sordo, medio ciego, con boca superlativa, que al hablar echa saliva como una manga de riego.

Tiene su oronda mitad rostro y formas de dios Baco, hija, y echa cada taco que aturde á la vecindad.

Sábanas con lamparones, rancio catre de tijera con alguna madriguera, y dos tísicos colchones; una mesa sin un pié á quien da el mal de San Vito y un fermentido armarito con la pringue que yo sé.

Tres sillas desvencijadas, un zafiro derrengado, un crucifijo colgado con muchas moscas pegadas; un velador cuyo centro es de inmundicia un derroche, una mesilla de noche con lo que suele haber dentro;

y un espejo triangular, ante el que cuelga un rosario completa mi mobiliario y constituyen mi ajuar.

Estas gentes, aunque toscas, apenas ha amanecido me dan té, muy bien cocido, ó chocolate con moscas.

Reniego de su cuidado, y dándome á Barrabás, echo el desayuno atrás volviéndome al otro lado.

Pero tal me cuida el dueño, que antes de medio minuto está el grandísimo bruto interrumpiéndome el sueño, y trayéndome café con un rayo que lo parta, y diciéndome una sarta de... — "Ande usted, tómele usted."

Apenas en el reló suena la hora convenida, está la mesa servida y estoy en tortura yo.

Me siento, y se pone enfrente una fámula muy sorda, muy chiquitilla y muy gorda, muy negra y muy reluciente.

Y ante tan gran maravilla, por lo pestilento y roma, chica, todo lo que coma, todo me sabe á morcilla.

Carne de cabra... ó cabrón, que en el sexo no estoy ducho, hueso de pollo, y no mucho, la homeopatía en jamón.

Y un pan tan tierno y tan bueno, que me asombra y maravilla; ¡para arrancarlo una astilla se necesita un barrenol!

Diez pesetas cada día me lleva este sordo tuno; es decir, tras el ayuno una perpétua sangría.

Y no es caro, á lo que infiero, según pude discurrir, porque tienen que servir los platos con peluquero.

Mas todo este padecer que te dejo relatado, son tortas y pan pintado para lo que vas á ver.

Tengo un barbero... ¡qué piezal! Lo mismo es verme, el bandido se agarra á brazo partido con mi inocente cabeza;

y á tajos y cuchilladas, y á reverses y á pinchazos, me va arracando á pedazos el cuero de las quijadas.

No tengo ni un punto ileso en este triste semblante; la carne no es aún bastante... ¡pronto me afeitará el hueso!

Siempre temiendo un desliz del arma desolladora, mientras su izquierda traidora hace presa en mi nariz;

y, convirtiéndome en timón el cartilago prensado, á mi rostro desdichado cambia el rumbo de un tirón.

Y no pára aquí; el gran pillo intentó ayer con denuedo meterme en la boca el dedo para estirarme el carrillo.

Llegó hasta aquí mi paciencia, y fué tal mi indignación, que ni un tigre, ni un león saltan con mayor violencia.

¡Meterme á mil... ¡Voto á tal! Aún estoy de furia ciego; ¡me tomó por el gallego que se afeita en el portal!

Por si vuelve á un atentado tan sucio y tan repugnante, me afeitare en adelante con el revolver montado.

Y al movimiento primero que observe de su pulgar, ya puede el mundo rezar por el alma de un barbero.

En fin, esposa querida, diré para concluir, que si á esto llaman vivir, no vale nada la vida.

Y si sufrir tan penoso no termina en plazo breve, buscaré en puñal alevé tranquilidad y reposo.

Prepara el luto en secreto, pues esto lo hago sin duda, y adios, probable vuida de un mártir en esqueleto.

Antonio Rubio.